

CUADERNOS DEL CLAEH n.º 98
Montevideo, 2.ª serie, año 32, 2009/1
ISSN 0797-6062 Pp. 169-172

PATRIMONIOS VARIOS. HISTORIAS DE MONTEVIDEO

Nery González

Montevideo: CLAEH, colección Argumentos, 2008, 128 pp., ISBN 978-9974-614-44-4.

Nery González: patrimonio, historia, sociedad

Conozco al arquitecto Nery González desde hace algunos años, aunque nos hemos visto y tratado poco; no obstante, en esas escasas ocasiones he podido apreciar su sentido del humor, la mirada inteligente y desencantada que tiene sobre las cosas, su seriedad académica, y un esmerado cultivo de la figura del antihéroe intelectual, para nada de moda en estos tiempos de *ganadores y perdedores*. Y el hecho está en que de todas esas bondades personales hay rastros en su documentado libro *Patrimonios varios. Historias de Montevideo*, publicado por el claeH en su recientemente reinaugurada colección Argumentos.

Se ha dicho que cada generación rescribe la Historia: desde su propia sensibilidad, desde su ubicación en el tiempo y en el espacio social, bajo condicionantes internos, externos y subjetivos que ejercen su particular influencia. Nery González acomete esa tarea de reescritura sólidamente instalado en la actualidad, articulando historia, política, sociedad y arquitectura, colocando bajo la lupa del análisis y la reinterpretación a lugares y hechos emblemáticos del patrimonio monumental y urbanístico montevideano.

Y como cada etapa histórica va dejando también sus huellas en la cultura, en el patrimonio material e inmaterial y

en el significado que se les otorga, y en el proceso borra, reconstruye y transforma, nuestro autor recorre esos complejos avatares fijando su atención sobre un conjunto de lugares y acontecimientos: la Puerta de la Ciudadela, la Casa de los Pérez en el Arroyo Seco, las murallas de Montevideo, el Palacio Legislativo, y los nombres de las calles de la ciudad; también la Atarazana y el Apostadero Naval, la Plaza de la Verdura, la estatua de la Libertad, y un *monumento colosal* que no llegó a ser al prócer nacional por excelencia, José Gervasio Artigas. Todo esto recorriendo los tiempos que van desde que estas tierras formaban parte del virreinato del Perú y constituían la primera frontera de las colonias españolas hasta nuestros días, pasando por el momento en el que los «orientales» dejaron de ser «peruanos» al pasar a formar parte del virreinato del Río de la Plata establecido en Buenos Aires en 1777, ganando su propia independencia unas décadas después. Y en el desarrollo de esa labor de arquitectura académica, Nery González enmienda errores, precisa hechos, pone de relieve la importancia de las subjetividades, deja al descubierto falsas tradiciones, y plantea jugosos interrogantes.

El libro se compone de un conjunto de ensayos de lectura fluida, sin alardes de erudición ni tecnicismos, que invitan a internarse en los secretos de la ciudad.

Al mismo tiempo, deja entrever que se trata de un reclamo «contra el desvanecimiento de la memoria» al mismo tiempo que una mirada de los saberes en la que historia, sociología urbana, estudios culturales y arquitectura comparten la escena sin distraer el discurso central. Como sostiene la prologuista del libro, María de las Nieves Arias Incollá, una especialista argentina en temas patrimoniales: «Es un verdadero trabajo de crítico urbano que conceptualiza la ciudad y la arquitectura desde un discurso histórico y, fundamentalmente, social».

Se echa de menos sin embargo la presencia de una introducción (o epílogo, como quizás hubiera preferido el autor), escrito por él mismo en el que sumado al prólogo hubiera facilitado algunas pistas sobre las motivaciones que lo llevaron a realizar este trabajo y los métodos seguidos para su elaboración. Dicen por ahí que algunos de los textos que forman parte de este volumen vieron la luz por primera vez en un *blog*, y parece que así ha sido. O sea que sin preámbulos ni anticipos el lector entra de lleno en los capítulos de *Patrimonios varios*, cada cual independiente de los demás. No tratándose de un libro orgánico, algunas (pocas) reiteraciones en sus diversos capítulos dejan ver el origen autónomo y paralelo de estos.

Sobre Montevideo —eje de sus reflexiones—, el autor señala que el momento en el que la villa dejó de ser *plaza fuerte* para convertirse en *puerto de mar*, a finales del siglo xviii, es cuando se concretó «un verdadero proceso de refundación, que dio a la ciudad un notable impulso, alteró su relación con Buenos Aires y marcó su destino hasta nuestros días».

Al mismo tiempo, en lo que al patrimonio monumental se refiere, Nery González señala que «recién en 1951 se llegaría

a formalizar una lista oficial de protección patrimonial. Esta lista tenía menos de cien ejemplos [...] pero durante veinte años solo tuvo un valor testimonial». Se lamenta luego de que «Hoy está en proceso un programa de rehabilitación selectiva, llevado adelante [...] con criterios que merecerían una evaluación crítica —que no ha tenido—, aunque las demoliciones visibles no ocultan una intención tan radical como discutible». Y concluye aludiendo a dos figuras fundadoras de la preservación patrimonial uruguaya sosteniendo que: «Atento a los actores involucrados, es de esperar un resultado de balance positivo. Pivel Devoto ya no, pero Barrios Pintos podrá verlo y sentir que su prédica no fue en vano. Bien que lo merecería».

Cabe señalar asimismo que si bien el autor centra su atención en el significado histórico y social de los monumentos, y en los factores subjetivos que los atraviesan, toca tan solo de refilón —o elude con habilidad— el espinoso asunto de su valoración estética. Es un aspecto con cierta frecuencia polémico, pero también relevante en una aproximación multidisciplinaria que encara el patrimonio cultural.

Es especialmente interesante el capítulo dedicado a los nombres de las calles de la ciudad donde las huellas del tiempo y los vaivenes de la historia se sobreponen inclementes. Nery González da cuenta de cómo los nombres de las vías y plazuelas montevideanas fueron siguiendo las transformaciones que se daban en los ámbitos de la historia y el poder: de alusiones ramplonamente toponímicas o referidas al uso —Plaza de las Verduras—, las calles pasaron a hacerse eco del santoral católico para después rendir tributo a las personalidades que forjaron la nacionalidad y destacaron

como figuras de la política. Concluye González: «En un acto se borraba un nombre, pero también el motivo que lo justificaba y las muy notables circunstancias en que la decisión fue tomada. Todo eso —o casi todo eso— lo sepultó el olvido. ¿Será para siempre?».

En las últimas páginas del libro, bajo el decidor acápite «Lejanos ecos de la generación crítica y sus pretensiones demoleadoras», Nery González parece esbozar —por interpósita persona— algunas de sus propias conclusiones, a la vez que su apuesta a un futuro más prometedor. «En 1939, en *El Pozo* —sostiene González—, el desencantado Linasero de Onetti dice, en las antípodas del fervor de Zorrilla de San Martín: “Detrás de nosotros no hay nada. Un gaucho, dos gauchos, treinta y tres gauchos”». Para añadir unas líneas más tarde que aún en la actualidad pueden escucharse frases igual de denostadoras y pone una como ejemplo aunque sin nombrar a su autor: «¿Qué tenemos detrás? El Salvo, el Legislativo... vulgares pastiches».

Pero al mismo tiempo y por encima de todo, Nery González se muestra comprensivo, respetuoso y agradecido con lo que hicieron quienes formaron y dejaron ese patrimonio que él mira con apego y sigilo. Así, hablando de la zigzagueante trayectoria de la construcción del Palacio Legislativo —desde sus primeros proyectos hasta su concreción en un edificio—, concluye: «Se podría montar un muy notable Museo del Sitio, que ayudaría, entre otras cosas, a conocer mejor nuestro pasado y a tomar buena nota de los ricos patrimonios que nos han legado, porque ¿qué futuro podremos construir sobre su negación o su ignorancia?»

Cabe destacar en este punto el hecho significativo: que en el caso uru-

guayo sea el Palacio Legislativo el más connotado de los edificios de los poderes públicos, a diferencia de otros países sudamericanos en los que son los palacios presidenciales los referentes más acreditados: La Moneda, la Casa Rosada, el Palacio de Nariño, el Palácio do Planalto, o el Palacio de Miraflores, por mencionar algunos ejemplos.

Recorriendo la biografía de edificaciones, calles y plazas, Nery González atraviesa tres siglos de historia colocando el acento en la etapa republicana y sus décadas precursoras. Seguramente existen en otros departamentos de Uruguay quienes llevan a cabo una labor similar de registro, análisis y puesta en valor de esos hitos materiales que marcan el recorrido de una sociedad formulándose la misma pregunta en relación a los *patrimonios varios*: «¿qué futuro podremos construir sobre su negación o su ignorancia?». Lo que me lleva a evocar la sorpresa que tuve cuando me encontré en Boca del Rosario, Departamento de Colonia, con las hermosas locomotoras a vapor de trocha angosta que se hallan en la estancia Indare, y las instalaciones y edificaciones que allí sobreviven como testigos de la actividad social y productiva de inicios del siglo pasado, estrechamente vinculada al desarrollo edilicio de Buenos Aires, conformando en sí mismo otro posible museo de sitio que como tal podría esperar un próspero porvenir.

Que el patrimonio histórico y cultural importa a una sociedad más de lo que a simple vista se puede imaginar lo demuestra en el caso uruguayo también el éxito obtenido por el Día del Patrimonio, celebrado actualmente durante dos días. Inspirado en las *puertas abiertas* que los franceses inauguraron en 1984, la versión uruguayaya nació en Montevideo una

década más tarde para extenderse con el cambio de siglo a otros departamentos y en la actualidad abarcar asimismo el patrimonio inmaterial.

El patrimonio histórico y cultural de una sociedad —en especial el monumental y urbanístico al que se refiere Nery González en su libro— suele asociarse a asuntos tales como la normatividad, tutela, restauración, control de tráficos ilícitos, convenios internacionales, organismos que se ocupan de esas cuestiones, falsificaciones y cosas por el estilo. Con facilidad la mirada tiende a cerrarse sobre esos aspectos más bien

técnicos, legales, burocráticos y hasta policiales. El planteo de Nery González abre en cambio un panorama en el que preguntas más sustantivas trascienden el ámbito de lo local y administrativo para ubicarse en la reflexión histórica, en la construcción social de la identidad colectiva, en la cimentación de un futuro más promisorio. La mirada de Nery González es así una mirada culta en el mejor de los sentidos y es la mirada de un humanista que arregla sus cuentas con el pasado y el presente con la mente puesta en los tiempos que vendrán.

Bruno Podestá